

# DE LA CIUDAD DE DIOS A LA CIUDAD VIRTUAL

## Una lectura actual de la obra de María Zambrano

Concha Fernández Martorell

Profesora de Filosofía, Universidad de Barcelona.

*Según se desprende del pensamiento de María Zambrano, la ciudad es «el lugar de la palabra», «un habla que no es aprendida, ni tampoco inventada, un habla nacida», en la que resplandece «el ser de un lenguaje». La ciudad es persona frente a la abstracción del Estado, la ciudad es historia y la ciudad es espacio del diálogo fundador de realidad; tres condiciones que definen a la ciudad real en la que Occidente ha perdido su fe. La ciudad virtual supone, por el contrario, la disolución de lo real: «la historia, la cultura o las instituciones son sustituidas por las redes de información, estrategias y decisiones». La ciudad virtual ha suprimido la naturaleza y la historia; tiene no obstante fundamentos en la ciudad ideal, la ciudad de Dios agustiniana: ciudad desterritorializada, desmaterializada donde han desaparecido sujeto y objeto y se ha desintegrado el ámbito político; es una ciudad sin comunidad.*

69

El pensamiento de María Zambrano está comprometido con la tarea de comprender intelectualmente el mundo y de explicar su articulación conceptual. Lo que se ha llamado «razón poética» en María Zambrano es un minucioso trabajo del lenguaje que permite descubrir cómo la realidad emerge de las palabras. Porque el lenguaje es el registro genético de la cultura y pensar consiste en desvelar sus claves y analizar sus procesos y mutaciones.

Este fenómeno se hace aún más evidente en la cultura europea, cuyo origen se sitúa en el logos, lo que ha hecho «del lenguaje de la filosofía justamente el lenguaje de Europa» —escribió Massimo Cacciari a propósito de María Zambrano—, y en él está contenida su identidad genética.

Observaremos esta cuestión en el punto concreto que aquí nos ocupa —la ciudad—, con el fin de mostrar que los elementos conceptuales abordados por Zambrano respecto a la Ciudad de Dios —en *La agonía de Europa* y *Hacia un saber sobre el alma*—, son muy útiles para analizar nuestro más inmediato futuro: la ciudad virtual. Su manera de hablar sobre la filosofía del pasado, ofrece claves para comprender el mundo contemporáneo, al mismo tiempo que adopta claramente una posición: frente a esta «ciudad ideal» es necesario atenerse a la «ciudad real», definida en el texto «Un lugar de la palabra: Segovia».

Esta noción de ciudad (Ciudad de Dios y ciudad virtual como opuestas a la ciudad real) está traspasada por el concepto de historia. Mientras

ambas ciudades ideales constituyen el origen y el fin sublimados de la historia, la ciudad real manifiesta y asume las condiciones materiales de la historia. La postura de Zambrano vuelve a ser muy clara en este sentido: si bien la noción de historia está en el origen de todos los desastres que han recorrido a Europa, al mismo tiempo no es posible, ni deseable, olvidar la historia, una imprudencia que es fuente de mayores desastres. Por tanto, es necesario poner en marcha una atrevida conciencia que asuma la realidad histórica y permita enfocar el futuro. Esta doble noción de ciudad y de historia es el núcleo de la cuestión que quiero plantear aquí.

María Zambrano sitúa en San Agustín, filósofo que «ha clarificado el mundo antiguo con arreglo a una nueva medida» —el cristianismo—, el origen de la historia y del ideal que se pone a buscar: la Ciudad de Dios. Examinemos mínimamente este proceso.

Los griegos fueron los primeros en sentir inquietud ante la fragilidad de la existencia y deseo de inmortalidad, e inventaron el Ser y la filosofía. Sin embargo, situaron el «campo de salvación» en el conocimiento (Platón) o la contemplación (Aristóteles), resignándose respecto a la vida.

San Agustín hizo suya la angustia del mundo griego y le otorgó un nuevo contenido —el cristianismo—, que permitía la salvación personal. La inmortalidad no pertenece ya al orden del conocimiento, sino del individuo, por medio de «esa su íntima esencia religiosa en la que el hombre se muestra irreductible a la naturaleza, a la divinidad, al tiempo»<sup>1</sup>.

Este acto de rebelión del hombre, afirmación de sí mismo, constituye, para Zambrano, el

momento fundacional de Europa: el hombre quiere «hacer un mundo desde su nada», crear y crearse a sí mismo, repetir el modelo divino con la misma violencia con que Dios «de la nada saca el mundo».

Ahí comienza la historia, al asumir para sí el acto creativo de la divinidad. Dice Zambrano: «por eso San Agustín al pensar el cristianismo tiene que pensar en seguida en la historia, en la historia del hombre engendrada por una terrible rebeldía»<sup>2</sup>. Situado entre el paraíso perdido y la «patria celestial» el ser humano crea, a la manera divina, su propio mundo.

Esta ansia de creación y de historia lleva consigo, continúa Zambrano, la «necesidad de hacerse su casa», «una ciudad ideal siempre allá en el horizonte». «El esfuerzo del hombre europeo ha sido la infatigable tensión de tender a un mundo», «sentirse habitante de otro mundo. “Mi reino no es de este mundo”», cita Zambrano del Evangelio<sup>3</sup>.

La «Ciudad de Dios» agustiniana es el mundo que se pone a buscar; motor de la historia, esperanza escatológica, es el «paradigma de toda la cultura europea», «el paradigma del cual todas las ciudades europeas, las que hay y las que desaparecieron, serían su atrevida copia»<sup>4</sup>. La Ciudad de Dios es el motor y finalidad de la historia.

Zambrano describe la Ciudad de Dios como una «Ciudad eterna», «ciudad donde mora la verdad», «el corazón europeo se ha enamorado de ella y quiere realizarla. La quiere edificar aquí abajo, en el tiempo». Y esta ilusión, este ideal, ha provocado «su historia tan sangrienta y sembrada de catástrofes, tan inquiete

ta», es su «íntima esperanza» y su «más grave enfermedad»<sup>5</sup>.

El anhelo de inmortalidad consustancial a la figura del filósofo en Grecia –encontrar «un lugar a salvo del Tiempo» escribe Zambrano<sup>6</sup>–, llevó a Platón a pensar una ciudad en la que pudiera existir, originando la utopía. Desde esta perspectiva, «la Ciudad de Dios es la réplica cristiana a la República platónica, pero ya no es de este mundo. La Ciudad de Dios no es utopía porque está pensada como realidad, más allá de la vida visible no es *edificada*, sino descrita; no es pensada sino presentida», pretende «el Reino de Dios en la tierra», «el Reino de Dios en el tiempo». Ahí se produce lo propio del cristianismo y lo que le separa de Grecia: «llenar con la humana actividad el ámbito entero de la creación, el querer suplantar al aliento creador, borrando el abismo que de él nos separa, el abismo del tiempo».

La teoría agustiniana de las dos ciudades es ciertamente elocuente: los elegidos caminan y progresan (*peregrinatio*) hacia la ciudad celeste a través de una historia universal –en la que está involucrado todo el género humano– y hallarán la recompensa eterna; por el contrario, los condenados, que han puesto su amor en el mundo y en sí mismos, en los valores mundanos de la ciudad terrestre, reciben el premio de sus virtudes cívicas, pero están abocados a la muerte eterna.

Si Zambrano entiende que éstas son las claves de la cultura europea: repetición infatigable del acto creador en una voluntad de superar el tiempo y el espacio idealizados en la Ciudad de Dios, hoy podemos decir que este antiguo anhelo ha adquirido entidad y tiene la pretensión

de ser definitiva, cierra la historia, es su fin alcanzado, es la Ciudad de Dios realizada. Ciudad de los elegidos, en la que la historia y todas sus aspiraciones se han hecho efectivas, superación del tiempo en un presente eterno, sin pasado y sin futuro, sustitución del tiempo histórico por el «tiempo real»: la ciudad virtual.

Como dice Paul Virilio, «hoy en día, hemos puesto en práctica los tres atributos de lo divino: la ubicuidad, la instantaneidad y la inmediatez; la visión total y el poder total»<sup>7</sup>. También Ignacio Ramonet define el efecto de mundialización desde sus «cuatro cualidades: planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Cuatro características que recuerdan los cuatro atributos principales del propio Dios»<sup>8</sup>.

La aspiración histórica a la Ciudad de Dios se ha visto realizada en la ciudad virtual, que cumple sus mismas condiciones:

1. En primer lugar, se trata de una nueva forma de organización social que conviene pensar como ciudad –señala Javier Echevarría–. Una ciudad complementaria a las ciudades que habitamos (también así definía Zambrano a la Ciudad de Dios), una ciudad desterritorializada que «tiene sus cimientos en el aire, no en la tierra» y constituye, a su vez, una promesa: «muchas gente está deseando emigrar a Telépolis, porque dicha ciudad le ofrece mayores posibilidades de trabajo y de entretenimiento que los dos entornos proximales», asegura Echevarría<sup>9</sup>.

2. En segundo término, ambas ciudades tienen en común la desmaterialización, una «realidad constituida en la mirada que sobrevuela la polis» –señala Francisco León– es la «utopía del espacio indiferenciado, cuya única función es

presentar una vaciedad libre para dejar transitar los flujos de información»<sup>10</sup>. El territorio no existe en su materialidad pues la velocidad que adquieren el dinero y la información es incompatible con la resistencia de la materia. Metápolis es el resultado último de una progresiva desrealización en busca de lo perfecto. La telepresencia es la negación del espacio, aquí, en favor del tiempo, ahora, una «presencia inmaterial y fantasmagórica»<sup>11</sup> producida por la transmisión instantánea de información.

3. En tercer lugar, la ciudad virtual es la culminación de la metafísica; el Ser como presencia eterna, entidad suprasensible y distante es ya una realidad efectiva. Sujeto y objeto han desaparecido, se han disuelto en el umbral de un mundo que se desarrolla por sí mismo. También es culminación de la historia, la muestra fehaciente de que el hombre es capaz de «crear un mundo desde su nada» (Zambrano) y entonces la historia se detiene. Cumplida su «íntima esperanza», ¿habrá sanado el ser humano de su «más grave enfermedad» —como decíamos antes con Zambrano—? O más bien asistimos a su defunción, como también sugiere ella misma.

4. En último término, la Ciudad de Dios representa la desaparición del ámbito político. Los cristianos fueron culpados de la caída del Imperio romano por su indiferencia ante los asuntos públicos y San Agustín escribió su *Ciudad de Dios* para exonerar al cristianismo de tales acusaciones, argumentando que ningún acontecimiento secular podía tener importancia para el verdadero sentido de la historia. Metápolis es, por lo pronto, una ciudad sin comunidad: «individuos que trabajan, compran y

se relacionan conectados a una terminal» acaba por «hacer innecesaria la vinculación de sujeto a sujeto»<sup>12</sup>; «desintegración de la comunidad de los presentes en beneficio de la de los ausentes» —señala Virilio—, «odiamos a nuestro prójimo porque está presente, porque apesta, porque hace ruido, porque me molesta y porque me requiere, a diferencia del que está lejos —del que me puedo zafar—»<sup>13</sup>. La ciudad virtual provoca en los individuos la misma actitud de aislamiento y contemplación que requería el encuentro con la divinidad.

Como señala Hannah Arendt en *¿Qué es la política?*, el mito occidental de la creación de el hombre imposibilitó la política, que necesariamente se da *entre* los hombres, y la sustituyó por la historia. Si bien el espacio público-político fue posteriormente recuperado en la Edad Moderna con el fin de «proteger la libre productividad de la sociedad y la seguridad del individuo»<sup>14</sup>, en el mundo contemporáneo sobreviene «el temor de que la humanidad provoque su desaparición a causa de la política» y sostiene «la esperanza de que se deshará de la política antes que de sí misma (mediante un gobierno mundial que disuelva el Estado...), en una forma despótica de dominación ampliada hasta lo monstruoso»<sup>15</sup>. Entonces «no hay nadie que pueda hablar con este Nadie ni protestar ante él». El sentimiento apolítico es, por tanto, inevitablemente despótico.

Sin duda el entre-los-hombres del espacio político, no es ya posible en la ciudad virtual. La política y, con ella, la idea de libertad inherente a la antigua polis griega, no existen. También en San Agustín se originó la noción de libertad al desligarla de la política, quedando reducida

al ámbito de lo personal, y ha sido hoy convertida en la promesa publicitaria de las telecomunicaciones.

Metápolis –ambas, una y la misma– es una «ciudad invisible», escribió Zambrano, «reino soñado de la fe y la esperanza», «un lugar a salvo del tiempo» que, sin embargo, tiene su fundamento en algo eminentemente real pero sublimado, desmaterializado: la actividad económica y el dominio del pensamiento. Metápolis fue el origen de la historia y es ahora su fin realizado.

Bajo su imagen espectral, la ciudad real no necesita ser conquistada, simplemente es desintegrada, inutilizada, disuelta, inoperante. El tiempo sustantivado de raíz cultural es sustituido por el tiempo real de las comunicaciones y toda la historia y las instituciones se desvanecen en las redes de información; el espacio político de la ciudad ha cedido el lugar a la imagen pública y mientras se desurbaniza el espacio real en caóticas aglomeraciones suburbanas, las autopistas de la información urbanizan el tiempo real; la antigua presencia ha sido realizada. La ciudad virtual no es una ciudad moderna, como pretende, sino aquella antigua aspiración de la ciudad de Dios, Zambrano nos lo ha hecho ver con claridad.

Metápolis –ciudad de Dios o ciudad virtual– es la abstracción de la polis, es la ciudad perfecta que huye de la desintegración temporal y social, quiere escapar de los conflictos, de la crueldad que ella misma provoca en la ciudad real. Sin embargo ésta, la ciudad real, sí guarda fiel memoria de todo lo ocurrido en la historia y en la palabra, tal y como la presenta María Zambrano en «Un lugar de la palabra: Segovia».

El texto comienza con una advertencia elocuente: «es cosa en extremo grave este desvanecimiento casi completo de la creencia en la ciudad y del vivir por ella inspirado»<sup>16</sup>. Falta de fe en la ciudad, señala Zambrano, que trasluce un paulatino extrañamiento del individuo respecto a la comunidad. La ciudad es vivida como elemento negador de las aspiraciones y deseos del individuo, en una gradual pérdida de identificación, «indicio de que algo pasa allá en las raíces de este Occidente» –sigue Zambrano–. El texto no aborda la problemática que suscita pero sí ofrece algunos datos: «La ciudad es lo que más se acerca a la persona... Tiene figura, rostro, fisonomía, lo que el Estado se afana por tener»; la ciudad es «comunidad con los que fueron y que dejaron su nombre y la impronta de su vivir», «receptáculo del trascender que mana de un vivir propiamente humano», «y así, entre la ciudad actual viven estos fragmentos que han quedado de la ciudad creadora de historia»; la ciudad es, finalmente, el «lugar de la palabra», «un habla que no es aprendida, ni tampoco inventada, un habla nacida», en la que resplandece «el ser de un lenguaje».

Zambrano ofrece elementos clave para el análisis: la ciudad es persona frente a la abstracción del Estado, la ciudad es historia y la ciudad es el espacio del diálogo fundador de realidad. Tres condiciones que definen a la ciudad real en la que Occidente ha perdido su fe.

La ciudad virtual supone, por el contrario, la disolución de lo real: «la historia, la cultura o las instituciones son sustituidas por las redes de información, estrategias y decisiones» –escribe León<sup>17</sup>–; «el tiempo real o tiempo mundial único –señala Virilio– que va a eliminar la

multiplicidad de los tiempos locales, es una pérdida considerable de la geografía y de la historia»<sup>18</sup>; en la ciudad de las comunicaciones el ser humano ha desaparecido, la economía, la política, la educación funcionan al margen, evitando afrontar los conflictos y el desmembramiento social, el rostro y la fisionomía de la persona (Zambrano) se han borrado.

Volvamos al comienzo. Occidente se propuso imitar y suplantar a Dios: fundó la historia y la ilusión de la Ciudad de Dios. Primero había sido la búsqueda de la inmortalidad en Grecia, el ser humano se separa de los dioses y se propone vivir por sí mismo. Con el cristianismo el hombre rechaza su condición natural y encuentra en el modelo del Dios creador la forma de hacer su propio mundo: funda la historia y se pone a buscar la Ciudad de Dios. Finalmente, el hombre occidental hace efectiva la suplantación y pone fin a la historia. Europa se fundamenta en esta raíz mítica: la violencia creadora de un Dios; toda una cultura instigada por la serpiente: «seréis como dioses». (Recordemos las palabras de Zambrano: «llenar con la humana actividad el ámbito entero de la creación, el querer suplantar al aliento creador, borrando el abismo que de él nos separa, el abismo del tiempo». Nada define mejor a la ciudad virtual, que ha suprimido por completo los dos entornos anteriores: la naturaleza y la historia.)

Las palabras de Arendt que cierran el escrito «El concepto de historia: antiguo y moderno», son esclarecedoras en este sentido: «En la si-

tuación de radical alienación del mundo no son concebibles para nada ni la historia ni la naturaleza. Esta doble pérdida del mundo dejó tras de sí una sociedad de hombres que, sin un mundo común que a la vez les relacionara y separase, viven en una separación desesperadamente solitaria o se ven comprimidos en una masa». Una sociedad de masas es esa clase de vida organizada «entre los seres humanos que aún están relacionados entre sí pero han perdido el mundo que había sido común a todos ellos»<sup>19</sup>.

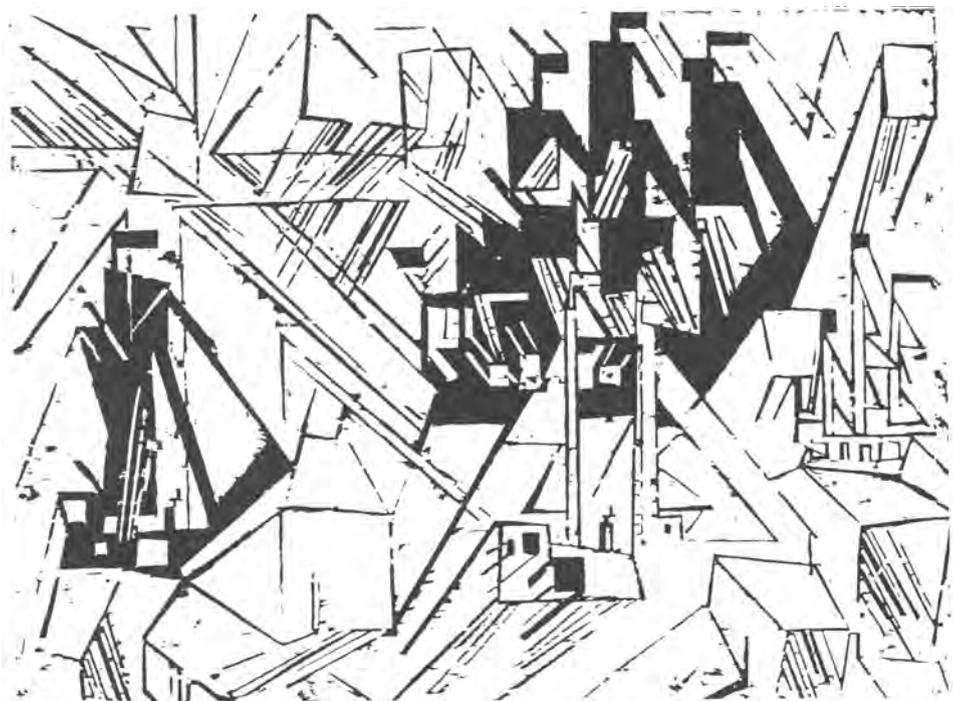
Zambrano se propone humanizar la historia por medio de la conciencia, para desprender de ella la arrogancia divina, su violencia, y aceptar «el tiempo» que es «nuestro medio vital».

«Aceptar la realidad», asumir la historia frente a la atemporalidad. Reconocer las condiciones de la ciudad real y construir una historia humana. También en las palabras de Virilio resuena este sentido común que es, hoy por hoy, la única forma de resistencia: «Hay que dejar de fantasear sobre el más allá del mundo, de la Tierra, del hombre... No hay más allá del hombre... No existe hombre mejorable»<sup>20</sup>.

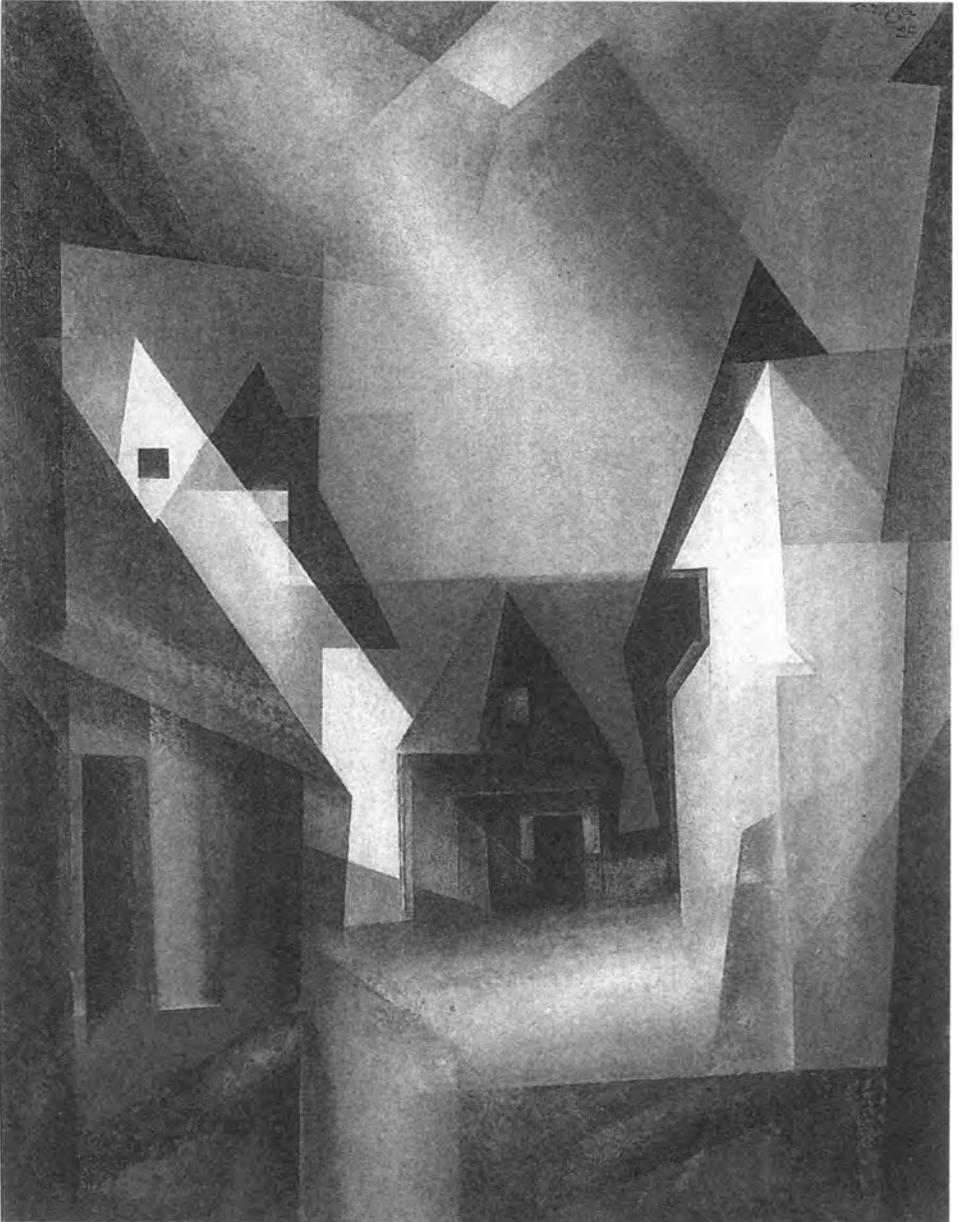
La labor intelectual de María Zambrano alcanza su mayor relevancia al poner en marcha una tarea de reconstrucción histórica y conceptual capaz de dar la señal de alerta en un mundo que zozobra. Desde este punto de vista, sus textos se muestran perfectamente útiles para el análisis de fenómenos inminentes, que escapan a su contemporaneidad.

NOTAS

- <sup>1</sup> *La agonía de Europa*. Mondadori, Madrid, 1988, p. 41.  
<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 39.  
<sup>3</sup> *Op. cit.*, pp. 61-62.  
<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 63.  
<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 64.  
<sup>6</sup> *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza, Madrid, 1993, pp. 125-131.  
<sup>7</sup> Virilio, Paul: *El ciber mundo, la política de lo peor*. Cátedra, Madrid, 1997, p. 19.  
<sup>8</sup> Ramonet, I.: *Un mundo sin rumbo*. Ed. Debate, Barcelona, 1997, p. 102.  
<sup>9</sup> Echevarría, J.: «Post-polis», en Rev. *Metalocus*. N.º 1, 1999, p. 18.  
<sup>10</sup> León, F.: «Metápolis: la ciudad deconstruida», en Rev. *Astrágalo*. Julio, 1998, p. 22.  
<sup>11</sup> Virilio, *op. cit.*, p. 47.  
<sup>12</sup> León, *op. cit.*, p. 29.  
<sup>13</sup> *Op. cit.*, p. 48.  
<sup>14</sup> Arendt, H.: *¿Qué es la política?* Paidós-UAB, Barcelona, 1993, p. 89.  
<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 50.  
<sup>16</sup> «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España, sueño y verdad*. Siruela, Madrid, 1994, p. 163.  
<sup>17</sup> León, *op. cit.*, p. 20.  
<sup>18</sup> Virilio, *op. cit.*, p. 81.  
<sup>19</sup> Arendt, H.: *Entre el pasado y el futuro*. Península, Barcelona, 1996, p. 99-100.  
<sup>20</sup> Virilio, *op. cit.*, p. 87.



75



Lyonel Feininger, Gaberndorf II. 1924.